

JAVIER PÉREZ ANDÚJAR
TODO LO QUE SE LLEVÓ EL DIABLO

La República soy yo, repitió Azaña con voz cansada.

Sentado junto a él, rodilla con rodilla, en las escalinatas de la coctelería del Hotel Nacional, se encontraba aquella noche su amigo Luis Bello, que llevaba en el bolsillo las pruebas de imprenta del semanario *Política*. Aún no había empezado a publicarse la revista, y ya soñaban Azaña y Bello con convertirla en un diario. El órgano oficial de la flamante Izquierda Republicana. Afuera, los raíles del tranvía atravesaban Atocha como bloques de hielo.

Desgraciadamente es así, Manuel. Te han dejado solo con ella. A solas con la República, le dijo su compañero y cogió por el cuello la botella de whisky escocés que tenía a sus pies. Bebió a morro, se limpió sus bigotes caídos con la manga de la chaqueta y le pasó la botella a Azaña. Éste le dio otro trago y se la devolvió a su amigo.

¿Te has fijado en ese espejo de enfrente, Luis?

No hay manera de apartar la vista de un espejo. Parecemos Hansel y Gretel caminando de la mano, perdidos en lo más oscuro del bosque.

Ahora que llegan al gobierno, las derechas quieren meterme en la cárcel.

Ya lo han hecho. Ya nos han encerrado en un barco.

A mí, en tres. En un buque y en dos destructores. Pero no pararán hasta verme en la Modelo. Me están acu-

sando de haberles vendido armas a los socialistas para la revolución de Asturias. Vamos a empezar a defendernos, Luis. A defender a la República de la desnaturalización a la que están sometiénola. Vamos a movernos ya. A dar charlas en los ateneos, a pronunciar conferencias, y si es preciso hasta daré mítines en los campos de fútbol.

Ahí sí que iría la gente.

Luis, llevo todo el rato mirando ese dichoso espejo. No doy crédito a lo viejo que me veo. ¿De verdad que ese tío de la verruga en la boca, los pantalones arrugados y con pinta de solitario soy yo?

En efecto. Ésa es la República.

Pues vamos finos.

Azaña tendió el brazo y con un movimiento le pidió a su amigo que le pasara la botella. Le dio otro trago. Se la devolvió a Bello y éste fue a limpiar la boca del cristal con la mano; pero se encogió de hombros y le dio un tiento al whisky antes de dejarlo de nuevo a sus pies.

¿Es que no hay nadie más joven que nosotros, Luis?

Sí, pero se van con el hijo de Primo de Rivera.

¿Los de la camisa azul?

Ése es el traje de faena. En los salones llevan esmoquin negro y descapotable rojo.

Contra eso poco se puede hacer. Hoy día es el glamour lo que manda. La culpa la tiene esa porquería del cine. Luis, ¿sabes a quién acabo de ver reflejado en el espejo? A mi conterráneo el cardenal Cisneros. ¿Verdad que nos parecemos?

Como un huevo a una castaña.

Cisneros quemó en su siglo más libros que Hitler en el nuestro. Siempre estamos en lo mismo.

La historia no se repite, Manuel. ¡Qué va a repetirse!

¡Eso es un espejismo! La historia es un silletero barrizal del que no se sale.

Azaña abrió una pitillera de plata y cogió dos cigarrillos. Se puso uno en la boca y le ofreció el otro a su acompañante. Sin dejar de mirar al suelo, Luis Bello movió la cabeza para decir que no quería tabaco. Fumaba Azaña pausadamente, como si todavía estuviese asomado al balcón del ministerio.

¿Es que la gente no ve la diferencia entre quemar libros y crear bibliotecas? La biblioteca del ateneo, Luis, quisiera que estuviese en cada pueblo de España.

Claro, fue ésa la que te hizo presidente de Gobierno. Seríamos un país de presidentes.

Eso ya lo somos. Unamuno lo llama casticismo.

¿Pues sabes que ahora veo que Cisneros se le parece más a Unamuno que a mí?

A quien se parece Cisneros, en la nariz y en la barbi-lla, es a María Zambrano.

¡Mira que eres ocurrente! María Zambrano es de lo mejor que tiene esta nación. Y aunque ella lo sabe de sobra, no por eso se da aires de grandeza. Hace poco estuvo de titiritera por los pueblos de Huesca.

Las Misiones Pedagógicas.

Eso viene de ti, Luis.

Pero el nombre se lo puso Ángel Llorca.

En estos momentos, sólo está vigente la república de los pedagogos.

Existen repúblicas peores que la nuestra. De militares, de banqueros.

Luis, me están entrando ganas de tirar la botella y estamparla contra el espejo.

No te mires más. Cierra los ojos.

Ortega ha dicho que tengo una cara triste y agria.

El castellano es idioma de adjetivos.

¿Entonces tú no me ves tan viejo? Este mes cumpliré cincuenta y cinco años.

El día diez de enero del calendario gregoriano. Aproximadamente, el veinte de nivoso según la revolución francesa.

He tardado cincuenta años en llegar al poder. En ser aceptado por la política.

Y tres en ser expulsado. Vivimos en un paisaje impenetrable.

Luis, ¿y tan feo? ¿Consideras que soy tan feo como dicen?

Es tu voz metálica lo que asusta a la gente.

¿Pero les pareceré feo?

Y sin embargo eso es una garantía. Los guapos viven menos.

Entonces tú y yo viviremos muchos años.

Tú más que yo, Manuel; porque, aunque no se me note, yo soy Bello.

Amigo Luis, hubieras hecho más fortuna en los escenarios que en la política.

El Congreso es para dramaturgos silbados.

Azaña se quitó las gafas y les limpió los cristales con el pañuelo. Volvió a ponérselas. Se abrazó las rodillas. Por no mirar al espejo giró la cabeza hacia arriba. En la escalera de la coctelería había enmarcada una lámina, arrancada de *La Esfera*, que reproducía *La conquista de Jerusalén por Tito* según el maestro vienés de María de Borgoña. La pintura representaba una matanza de civiles con toda clase de detalles. En la parte central unos legionarios romanos asomados a la puerta de un cobertizo se encon-

traban con una mujer que asaba a un niño y les invitaba a comérselo. Otro soldado no podía soportar el asco y vomitaba de rodillas.

La libertad es necesariamente poética. Las orillas del camino, como los renglones de una página, se juntan en el infinito. Quiero ir a la aventura, papuchi. Andar y ver, correr mundo, sufrir privaciones, medirme a solas con los hombres y la naturaleza. Llevarles a las gentes de los pueblos la ilusión de los libros.

María Luisa le dio la vuelta al reloj de arena antes de que acabara de vaciarse la ampolla.

¡Tiempo concluido, papá! ¿Has terminado de leerte el artículo?, dijo, y al abrir más sus ojos apareció en ellos el cielo azul de Madrid.

Cerró don Aquilino el *ABC* y lo dejó sobre su regazo.

¡Menuda tramposa!, protestó con benevolencia.

Aquel domingo, día de Reyes, traía el periódico una lámina en color con los tres Magos cargados con elefantes de juguete, raquetas de tenis, balones de listas, muñecas con botines, cerditos con canotier y muñecos del ratón Mickey. El hermano pequeño volvió a pedir que le recortaran la página del diario.

Pertenecía don Aquilino Pickman a una antigua familia sevillana, pero su cátedra de Geología en la Universidad Central de Madrid le obligó a trasladarse a la capital cuando él y su mujer, doña Leopoldina, eran todavía una pareja de recién casados. En los últimos tiempos el profesor Pickman había sido muy celebrado por su aportación

al Mapa Geológico de España, y ahora la República le llamaba como asesor en la nueva legislación para la protección de espacios naturales.

En todo caso, este artículo no hay quien se lo acabe, refunfuñó el padre. ¡Cualquiera aguanta las tabarras de Benito Mussolini sobre la Iglesia y el Estado! ¡No tendrán otra cosa para publicar!

¿Y entonces por qué te compras ese periódico, papuchi? Nos torturas a todos trayéndolo a casa todos los días, y ahora resulta que tú tampoco lo soportas.

No seas tendenciosa, María Luisa, que lo único que he dicho es que ese artículo no me interesa. ¿Te parece poco periódico el *ABC*? ¡Pero si no te pierdes un escrito de Fernández Flórez! ¡Y encima, cada domingo os lo traigo con el *Blanco y Negro*! ¡Qué hija tan desagradecida! Y por lo que respecta a tu idea de marcharte de *tournée* con las Misiones Pedagógicas, sabes bien que cuentas con todo mi apoyo, siempre que no pierdas días de estudio por ello.

La mayoría de las misiones se hacen en navidades y en los meses de verano, respondió María Luisa con la cara encendida como el bosque rojo de su pelo; pero enseguida calló enojada, porque esta conversación no había hecho más que repetirse una y otra vez durante todos aquellos días.

María Luisa sabía que iba a tener que conformarse y esperar a julio, o agosto, o peor aún que el Patronato la hiciese aguardar hasta septiembre, lo que venía a posponerlo todo de nuevo porque coincidiría con el inicio del curso siguiente en la Escuela Normal, en la número dos, que era donde estudiaba magisterio. Dio la espalda a su familia, pero para quitarle al gesto lo que tenía de soberbia simuló que contemplaba el cuadro de Martínez Vázquez,

Primavera en Gredos, que el propio pintor le había regalado a su padre y que ahora presidía aquel salón de la casa.

¡Con lo ideal que resulta la primavera para salir al campo, papáito querido!

¡Mientras no te manden a Barcelona!, suspiró la madre, que, sentada a una mesita redonda, pegaba cromos en un álbum de la Historia Sagrada. Porque, ¿habéis visto lo que trae hoy el periódico? ¡Hay qué ver cómo viven esas gentes!

Cualquiera diría que hablas de la selva, Leopoldina.

Pues si no hablo de la selva, sí que me refiero a los salvajes. Lee en las informaciones de Cataluña, Aquilino, y te darás cuenta de lo que quiero deciros.

De nuevo tomó el catedrático el periódico y lo abrió por una hoja que anunciaba en un gran recuadro que ese día, encartadas en el *Blanco y Negro*, se ofrecían las treinta y dos primeras páginas de *Los piratas de Venus*, la sensacional novela de Edgar Rice Burroughs. Primero leyó para sí don Aquilino, y sacudió la mano admirado. A continuación volvió a leer las noticias en voz alta.

¡Es la repanocha! Un comerciante de Barcelona denuncia haber sido víctima de un atraco, y resulta luego que el dinero se lo había jugado en el frontón. La policía le encontró encima todas las papeletas de las traviesas, que alcanzaban aproximadamente el valor de lo que aseguraba le fue robado. ¡Y esta otra! En una carnicería de la calle Cultura de Santa Coloma de Gramanet entraron tres individuos con pistolas y la cara tapada con pañuelos, y amenazaron al dueño y a la dueña y a un comprador que estaba allí. El propietario opuso resistencia y los atracadores se liaron a tiros. Uno de los proyectiles alcanzó en el pecho a la tendera, y los ladrones se dieron a la fuga. La mu-

jer se encuentra en estado muy grave. ¡Y aún sigue otra! En la calle Cortes de Barcelona, alrededor de las seis de la tarde, un hombre bien vestido detuvo un taxi y le pidió que le llevara a la calle París, esquina Independencia. Allí se subieron otros dos tipos, que pistola en mano obligaron al chófer a que los condujese a las inmediaciones del manicomio de San Andrés. Cuando llegaron, dos de los agresores se fueron con el taxi, y el tercero se quedó para vigilar al conductor. Al cabo de una hora, el que hacía de vigilante le dio permiso al taxista para irse, pero le advirtió de que si denunciaba el asunto lo pasaría mal. En cuanto al auto, le dijo que lo encontraría más tarde sin deterioro. Mientras tanto, los otros dos bandidos se presentaron en un almacén y despacho de licores, amenazaron con sendas pistolas ametralladoras al cajero, a dos operarios y a los clientes que había en el local, les obligaron a ponerse de cara a la pared con los brazos en alto y se llevaron cerca de cuatro mil pesetas. También les robaron a los particulares, y al presidente del Casino del Guinardó, que se encontraba en el lugar, le arrebataron ciento veinticinco pesetas. Vistos y no vistos se dieron a la fuga en el coche. Por las declaraciones de las víctimas, se cree que los ladrones eran gente experimentada ya que incluso tuvieron el cuidado de coger todos los efectos con un pañuelo para no dejar huellas. El Jefe Superior de Policía sospecha que detrás de estos elaborados atracos se encuentra un conocido matón de los bajos fondos de Barcelona, al que llaman el Caruso, y que suele andar en compañía de un pistolero tuerto, asimismo muy popular en bailes y casas de diversión de baja estofa.

Pero, papá, si a Barcelona no van las Misiones Pedagógicas. ¡Van a los pueblos más apartados!

Ya lo sé, María Luisa, lo sé, admitió el padre. Bueno, déjame que hable con Santullano, que es quien de verdad lo maneja todo en el Patronato de las Misiones, y le pido que te arregle un destino. En esto de las misiones, eres como tu madre, pero con tabla de multiplicar en vez de catecismo. Justamente esta mañana, Santullano tenía que acompañar al presidente de la República a repartir juguetes entre los niños del Pablo Iglesias que hay en los terrenos del antiguo hospicio. Seguro que a la tarde, vuelto ya del grupo escolar, le encontraremos en su casa más contento que un cascabel.

A mí no me hace ninguna falta que me ayude nadie, se enfurruñó María Luisa. Y menos Álvarez Santullano, ¡ni más ni menos que el secretario del Patronato! ¡Siempre mirando hacia lo alto! Yo quiero ir como cualquier otra maestra.

Pero hija, ¿no comprendes que si te pones así corres el riesgo de salirte con la tuya?

¡Mamuchi, precisamente es eso lo que pretendo!

¡No se hable más!, intervino el padre y dio en la butaca un papirotazo con el periódico. Me cuidaré personalmente de que vayas a destrozarte los zapatos por esos chancales, camino de las Hurdes, u otro sitio peor, si es que lo hay en España.

Al oír estas palabras, doña Leopoldina dio un suspiro, y pegó otro cromó.

¡Qué niña! ¡Leer libros! ¡Leer libros!, dijo. ¡Tú te crees que todo el mundo es como tú y sólo piensa en leer libros! ¡Leer libros! ¡Si al español lo que de verdad le gusta es tocar el tambor!